

SOSPECHABA QUE a los vampiros también se les enfermaba el alma. Jamás en su larga vida, casi dos siglos exactos ya, lo había pensado, pero llevaba unos meses en que...

Suspiró.

Se quitó la corbata de seda, una creación italiana recién comprada y la dejó caer sobre el sofá de cuero negro. La chaqueta la había dejado colgada de cualquier manera en el perchero. Debería haber vuelto a casa, pero la sola idea de volver a enterrarse entre aquellos muros conocidos le había puesto un nudo tan apretado en la garganta que no había podido hacerlo. Por eso había ido a la oficina, un espacio tan ausente de vida... lo único que podía soportar. También había llamado por teléfono a una modelo que le acababan de presentar y que se había mostrado encantada de pasar la noche con él cuando terminara el compromiso profesional que la retendría en una fiesta hasta las tres de la mañana.

El sexo siempre le aclaraba las ideas. Desprendió los gemelos de la camisa, dos bellos y diminutos camafeos negros romanos que había obtenido en una subasta en Grecia. Les tenía especial aprecio por eso los dejó con cuidado sobre la mesa de trabajo de cristal, vacía. Pensó en encender el ordenador y concentrarse en alguno de sus juegos de estrategia favoritos mientras esperaba la visita de la chica, pero antes le apetecía ducharse. Se dirigió al apartamento anexo a la oficina que usaba poco pero estaba siempre listo para recibirlo. Buena parte de sus encuentros sexuales los tenía allí, en especial, los que como éste, tenían una finalidad terapéutica, más que puramente placentera.

Se abrió los primeros botones de la camisa y quedaron al descubierto las finas y sólidas líneas de los pectorales lisos y pulidos como el mármol. Tenía la carne pálida, pero lejos de parecer blanda al tacto se veía firme y consistente. Odiaba el sol. Le habían enseñado a odiarlo desde pequeño, como marca evidente de una clase social baja, y convertirse en vampiro no le había supuesto una dolorosa renuncia como a otros de sus congéneres.

La puerta del cuarto de baño estaba entornada y una fina línea blanca enmarcaba el interior de la jamba. Se detuvo y permaneció inmóvil sobre la cara alfombra blanca. Su agudo sentido del oído percibió un suave roce, un ligero flujo de aire. Retrocedió con lentitud y sacó de debajo del colchón, cerca del cabecero, un afilado cuchillo con el que avanzó hacia la puerta preparado para atacar. Lo sujetaba relajadamente, como le habían enseñado, con el

cuerpo algo inclinado hacia delante para aumentar el alcance sin desequilibrarse y los brazos a la altura de la cadera y separados de los costados. Había aprendido con un verdadero maestro, un consumado asesino.

No sabía que había al otro lado de la puerta. Consideró si abrirla de una patada y aprovechar la sorpresa, pero no presentía al otro lado un peligro inminente, sólo una extraña desazón, muy parecida a la que le llevaba atacando desde hacía unos meses. Se había acostumbrado a confiar en sus intuiciones, casi siempre certeras. Pegó el costado al lado de la puerta donde se encontraban las bisagras e intentó vislumbrar por la hendidura qué era lo que había dentro.

Percibió un bulto oscuro inmóvil donde sólo debía relucir el blanco perlado de la porcelana sanitaria. Colocó la punta del zapato pegada al borde inferior de la puerta y empujó suavemente hacia dentro. La puerta se abrió con lentitud, pero el bulto oscuro no se movió.

Había una mujer muy alta sentada en el váter con el rostro entre las manos, el sueño de un aficionado al sadomaso. Llevaba unas botas de un tacón altísimo y muy fino ceñidas a unas piernas de infarto hasta la mitad del muslo, una sencilla minifalda de cuero y un sofisticado corsé de encaje negro con adornos de lazos de raso rosa que empujaban unos pechos pequeños y perfectos hasta el borde superior donde se insinuaban tímidamente los pezones. El pelo, de un negro casi azulado, lo llevaba suelto, muy despeinado en grandes bucles revueltos.

Cuando la chica apartó las manos de la cara y alzó la mirada hacia donde estaba él, estuvo a punto de darle un infarto de verdad, por primera vez en su larga vida. Se le había corrido el rimmel, y los párpados hinchados no ocultaban el brillo intenso de las pupilas de un cálido color marrón. Tenía los labios inflamados como si alguien se los hubiera mordido y le brillaba la saliva en la comisura de uno de ellos.

Era Alicia, su secretaria, una Alicia imposible.

Se le cayó el cuchillo al suelo, donde rebotó contra la alfombra sin hacer sonido alguno.

—Joder, Alicia, ¿qué coño haces aquí?

Alicia, la "perfecta Alicia" como a él le gustaba llamarla para molestarla. Pero en aquel rostro perfecto como el de una escultura griega de nariz recta y óvalo perfecto jamás asomaba emoción alguna. Ninguna chispa de temor, ningún relámpago de alegría, nada. Sólo aquella fría perfección encerrada tras los trajes de

chaqueta de diseño que él mismo le había enseñado a comprar. Veinticinco años, dos carreras, un ICADE carísimo en una universidad privada y justo ahora, que él supiera, había obtenido la última nota que la convertía oficialmente en psicóloga, todo con las más altas calificaciones. Hablaba tres idiomas, un inglés casi nativo, y francés y alemán con decencia.

Por eso era su secretaria. Juntos habían compuesto un equipo de trabajo temible, la imagen evidente del éxito y la belleza en plena juventud. En su caso lo de la juventud era discutible, aunque su físico apenas había envejecido en dos siglos. Era una de las ventajas del mundo moderno, que permitía cuidarse de un modo que a sus viejos congéneres les fue imposible. Pero Alicia era otro cantar. Fue él el primero en darse cuenta de que aquella niña que todo el mundo consideraba avispada aunque muy retraída, ocultaba un cerebro privilegiado, un coeficiente de inteligencia que la colocaba muy por encima de cualquier persona que tuviera alrededor.

Todo el mundo temía sus preguntas certeras e incómodas, realizadas con la ingenuidad de la infancia, pero con la agudeza de un adulto. Él la había creado en cierta manera, había mimado su crianza en los mejores colegios y le había enseñado a sobrevivir en un entorno hostil. Él la había convertido en una mujer perfecta. Pero también inalcanzable para cualquier mortal.

Y ahora estaba allí, mirándolo intensamente con los ojos turbios por el alcohol o alguna otra droga, y vestida de aquel modo. Dio un paso hacia atrás intentando controlar la feroz galopada del corazón. Inspiró aire y pestañeó hasta recobrar la serenidad.

Ella hizo algo que nunca le había visto hacer. Se le escapó un ronco sollozo del pecho y volvió a enterrar el rostro entre las manos, sus manos delicadas y bellas, entre las que discurrieron con suave cadencia las lágrimas. Luego hundió la cabeza entre las rodillas y sus finos hombros se sacudieron con fuerza.

—¡Sal fuera! —exclamó con voz ronca, casi irreconocible.

Gabriel dio un paso hacia fuera y cerró la puerta despacio. A su espalda oyó el sonido de las arcadas y el vómito. Se pasó las manos por el pelo y se lo revolvió. Necesitaba beber algo fuerte para recuperarse. Anduvo casi como un sonámbulo hacia el mueble bar de la oficina en penumbra, donde abrió la botella de McCallam y tomó el primer trago directamente de la botella. El licor le quemó la garganta y le golpeó con contundencia el estómago, haciéndole reaccionar. Sacudió la cabeza con energía. Mejor. Luego se sirvió una copa generosa y esperó.

Tal como siempre había pensado, Alicia no era de las que se escondían. Unos cuantos minutos más tarde salió por la puerta que daba al apartamento con el pelo pulcramente recogido en una coleta. Se había peinado a conciencia, pero no tenía el planchado perfecto con el que siempre aparecía a primera hora en la oficina. Aquellos bucles rebeldes caían desordenados por su espalda, sin domesticar. No supo por qué, pero en ese momento, aquel pequeño detalle le gustó.

Por fin una grieta en la armadura impenetrable. A pesar de todo, sólo ella podía llevar aquel traje de puta del siglo XIX con la elegancia de una señora burguesa y tener ese aire sereno incluso con la desesperación brillando en las pupilas encendidas.

Gabriel hundió la mano en el bolsillo del pantalón, abrió el móvil y tecleó la llamada con un dedo. Sin dejar de contemplarla un segundo, paseando la mirada con insolencia por el delgado cuerpo de metro setenta y cinco de Alicia, esperó hasta que alguien descolgó al otro lado.

—Sí, soy yo. Lo siento, estoy cansado y creo que me voy a dormir —susurró al teléfono, mientras los helados ojos Alcalá se clavaban sin misericordia en los detalles del aquel sórdido atuendo—. Ya te llamaré.

Cerró el aparato con un gesto brusco y el chasquido sonó como un latigazo en el silencio.

Luego la sonrisa se extendió despacio por su rostro de ángel corrupto y caído. Alicia lo contempló, inmóvil como una muñeca de porcelana, con los ojos refulgentes en el rostro pálido, aún con algún resto de maquillaje en torno a los ojos.

—Bueno —alzó las cejas y cruzó los brazos—, supongo que esto tiene una explicación. Y espero que sea buena, porque me has dejado esta noche en el dique seco.

El complejo de habitaciones que constituía la oficina de Gabriel Alcalá de la Moneda y Barrientos incluía una cocinita no muy grande, pero con suficiente espacio para una mesa pequeña, blanca, donde poco después estaban ambos sentados frente a frente. La expresión del rostro de Gabriel, relajada y sardónica, la de Alicia, vigilante e impasible a la vez. Sólo la traicionaba el ondular ligero del músculo en el lado derecho de la mandíbula.

Él le daba la espalda, mientras preparaba el café.

—No creo que debas beber otra cosa en el estado en que estás. ¿Ha sido alcohol o algo más? —preguntó con naturalidad.

Alicia pestañeó.

—Sólo alcohol —respondió con la voz ronca, lejos del timbre prístino de la secretaria perfecta. Carraspeó, pero no sirvió de mucho.

—Eso depende de si tuviste la copa a la vista todo el tiempo.

Alicia se volvió hacia él pero sólo le vio la espalda, pues estaba cargando la cafetera.

—Sólo me han follado contra la puerta de un servicio en una discoteca, nada más —replicó con frialdad.

Gabriel se quedó inmóvil y luego se giró hacia ella.

—¿Y te corriste?

—No.

Él soltó una seca carcajada.

—No me extraña que te haya dado una pataleta, entonces.

Alicia se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta de la cocina. Pese a la altura de los tacones y la borrachera, caminaba con seguridad.

—¿Dónde vas?

Alicia se dio la vuelta con demasiada rapidez y se balanceó ligeramente sobre los tacones. Sin embargo, no estaba tan aturdida para no captar la mirada que se había adherido a sus piernas y que había sorprendido pegada a su culo. Gabriel sonrió con aparente inocencia, pero unos segundos demasiado tarde. La chispa hambrienta se extinguió lentamente en sus pupilas. No le extrañaba que el cuero le excitara. De Gabriel nada le podía extrañar mientras perteneciera al lado oscuro.

Salió de la habitación. Necesitaba salir de su presencia y recuperar la tranquilidad, pero también era tarde para eso. Su madre la mataría si llegaba a enterarse. Pero, claro, también la mataría por esa noche infame en la que había intentado ser una chica más y sólo había conseguido añadir un desastre más a su vida. Fue a buscar el escocés y vio la copa llena que había al lado. Era suya, de él, el mismo que jamás tenía que haberla visto vestida de prostituta, de aquel que era su amo. Torció la boca en una sonrisa irónica. Vestida de dominatrix ante el amo, qué absurdo. Cerró los ojos y posó los labios en el lugar donde él había bebido. Un ligero resto del perfume que usaba se le coló por la nariz, mezclado con la fragancia ahumada del alcohol.

Qué iba a hacer ahora.

Cerró los ojos con fuerza. Tenía que volver rápido o él saldría a buscarla. Su mente fría, precisa como el escalpelo de un cirujano, valoró en milésimas de segundos las posibilidades, calculó las

diferentes opciones, pero no obtuvo ninguna solución, ninguna salida. Apoyó el vaso contra la frente, pero no estaba frío y no alivió el caos que había allí dentro.

Había muchas cosas que la gente no sabía de los superdotados. Sólo se valoraban las capacidades, la brillantez, los aparentes superpoderes... Pero nadie era capaz de entender las necesidades complejas de un cerebro de alto rendimiento. Alto rendimiento también para los problemas. Suspiró profundamente y regresó a la cocina.

Gabriel había puesto un tazón muy grande lleno de café humeante en el sitio donde ella estaba sentada. Dejó la botella de whisky y el vaso de grueso cristal delante de él y ocupó su asiento.

El vampiro dio un sorbo a su vaso.

—Interesante atuendo.

Ahí venía directo. Alicia deseó introducir más aire en sus pulmones, pero el corsé le constreñía el torso como una tenaza de acero.

—Salí esta noche con unos compañeros de la facultad a celebrar el título.

Gabriel asintió con los helados ojos azul hielo fijos en su rostro.

—Y te follaron contra la puerta de un baño.

Ella asintió a su vez con un movimiento seco.

—¿Uno de tus compañeros o hiciste alguna conquista en esa discoteca?

Alicia tragó saliva y apretó los dientes.

—Era un local gótico.

No recordaba donde estaban el recargado collar victoriano ni los elaborados pendientes de cristal negro. Se suponía que debían estar en el bolsito.

—¿Eso significa que no me vas a contestar? —sugirió él en un tono de voz muy suave y bajo, que sonó íntimo y cercano. Alicia se estremeció.

—No tengo porqué hacerlo.

Alzó la mirada con rebeldía, enmarcada por los tiznones oscuros del lápiz de ojos y el rimmel que no había conseguido eliminar y que le daban a su rostro una belleza dramática, casi trágica. Gabriel exploró los ojos castaños, del tono rico e intenso del chocolate, buscando una apertura, como en los juegos de estrategia a los que era tan aficionado. Pero las defensas estaban en los lugares correspondientes. Así que suspiró.

—Puedo forzarte a hacerlo, Alicia, ambos lo sabemos.

Ser *familiar* de un clan de vampiros tenía sus servidumbres. No ponerles jamás en peligro entre otras. Por eso todos vivían encerrados entre las paredes seguras de una vida regalada y cómoda, aunque fuera como sirvientes de sus poderosos amos.

Sin embargo, ella no. Ella había sido el juguete particular del garbanzo negro del clan, uno que vivía para saltarse todas las reglas y disfrutar haciéndolo. Alguien que sólo existía para desafiarse a sí mismo. Recordó la frase de Nietzsche, la que decía que el amo es también propiedad del esclavo que le sirve. Tenía que asegurarse su obediencia, abortar su rebelión, protegerle y procurarle la supervivencia. También el amo vive para el esclavo.

Alicia bebió un trago largo de café. Ella era uno de los desafíos que Gabriel se había hecho a sí mismo. Por eso la había sacado de la vida anodina de sus iguales para convertirla en un ser independiente. Le había dado una parodia de vida real, allí fuera, en el mundo, entre las demás personas. Pero él se había reservado los hilos que movían la marioneta. Le había regalado algunas armas con las que rebelarse para así luego, ejercer el control e impedir que fuera realmente libre. Con qué iba a disfrutar si no...

No hacía falta tener un cerebro superior para entender eso.

Ambos se midieron con la mirada durante un buen rato. Pero en aquellas pupilas frías e insensibles Alicia sí había encontrado una ligera debilidad. Ese chispazo sorprendido y hambriento que se había paseado por sus piernas. El hombre impasible que estaba sentado delante de ella no mostraba nada que no fuera el interés reticente de siempre. Le había mirado los pechos con insolencia y se había burlado de su apariencia, pero durante unos segundos, la había visto realmente, a ella, a la parte de ella que él no había creado. Esa Alicia que lo había desafiado todo en esa noche infernal, había vivido su peor pesadilla y que, por desgracia, no la había soñado. Ni siquiera parecía que fuera a terminar pronto.

No sabía cómo interpretar eso.

Así que optó por su mejor juego. El que mostraba todas las cartas y relajaba al adversario hasta que le permitía atacarle con ventaja. Con Gabriel nunca funcionaba, pero debajo del interés por comprobar que no había divulgado ningún secreto o entrado en contacto con los potenciales enemigos de los vampiros, había aquella mirada sorprendida... vulnerable.

No sonrió.

—Cuando recogí las notas, coincidí con unos cuantos chicos de la clase con los que he hecho trabajos e intercambiado apuntes.

Gabriel bebió lentamente un sorbo de licor.

—¿En qué creen que trabajas?

—Secretaria de un abogado. Jamás hay que mentir salvo que sea estrictamente necesario. Me lo enseñaste tú.

La risa de Gabriel sonaba como un ronroneo siniestro. A todo el mundo le ponía el vello de punta, pero a ella le gustaba ese sonido parecido al de un gato al sol.

—Chica lista.

Alicia alzó las cejas.

—Eso dicen.

—Yo jamás te lo he dicho —sonrió él.

—Cierto —admitió Alicia y bebió el último trago del fuerte café. Empezaba a notar el efecto estimulante de la cafeína circular por su cuerpo. Sonrió a su vez al responder—. No lo harás nunca.

—¿Quién sabe?

Sacó un cigarrillo del bolsillo del pantalón y lo encendió. Aspiró el humo con delectación y luego volvió a fijar su mirada en la de Alicia.

—¿Voy a tener que sacarte todo con sacacorchos?

Ella soltó una breve carcajada sarcástica.

—Parece que sólo soy fácil contra las puertas de los servicios.

—Te veo muy decepcionada por la experiencia.

Alicia se encogió de hombros.

—Da igual.

—Habrá otras veces...

Ella le cortó alzando la mano. Las uñas pintadas de negro captaron por un momento su atención. Las llevaba siempre cortas y cuidadas, sin laca; volaban precisas, veloces, por el teclado de su ordenador. Gabriel se quedó mirándolas mientras ella respondía con ese tono extraño, ronco, que esa noche le martilleaba el cerebro por dentro.

—No me cuelgues el sermón machista de siempre. Estoy harta de él. No me he corrido entre otras cosas porque no tenía mucho interés. No conviertas eso en un drama sentimental. Soy consciente de que mi cuerpo funciona bien, gracias por tu interés.

—Vale, vale —repuso Gabriel alzando las manos a su vez en petición de tregua—. Debo entender entonces que fue un compañerito de clase y no alguien peligroso que pueda suponer un problema.

—¿Por qué debía ser lo segundo?

Gabriel se echó a reír.

—En esta vida que llevamos sería lo más razonable. Además, si después de haberte mirado a un espejo no lo entiendes, no merece la pena explicártelo.

Ella dirigió una mirada tímida a su vestuario y luego suspiró.

—Me he pasado un poco, creo.

Gabriel expulsó un chorro de humo.

—Hay diferencia entre un atuendo gótico y las páginas de sadomaso. ¿Estás segura de que buscaste esa ropa en el sitio adecuado?

Ella pestañeó.

—En una tienda para adolescentes góticas.

—¿Lolitas por internet?

Alicia asintió.

—¿Y las hay de tu altura?

Ella volvió a asentir, con una cierta inseguridad retratada en las dulces pupilas marrones. Esa extraña no era ella, no podía ser la perfecta Alicia...

Gabriel sintió en ese momento el impacto en toda su fuerza, como un puñetazo de hielo en el centro del pecho, doloroso y turbador. Jamás había echado de menos tener hijos, pues odiaba los lazos emocionales. Los mantenía a regañadientes con su familia, porque no tenía más remedio, pero regateando siempre hasta la más pequeña muestra de afecto.

Pero ahora sentía la necesidad irresistible de levantarse, abrazar a Alicia y encerrar entre sus brazos la insoportable inocencia que desprendía para protegerla de un mundo tan implacable. No era el deseo natural de protección que le inspiraban Beatriz, su hermana, y Elena, la mujer de Luis, su "padre adoptivo". Era algo instintivo, profundo e intenso hasta el punto de hacerle temblar las manos. Las ocultó debajo de la mesa y se concentró en mantener el rostro inexpresivo. Pero incluso él notó el relumbrar intenso de sus ojos, impregnados de la humedad del deseo.

Alicia sintió el cambio en los huesos. Escrutó con detenimiento el rostro de Gabriel y sólo vio que había ocurrido algo, pero no el qué. Y por primera vez en toda su vida, él apartó la mirada, huyó de la suya durante unos instantes para regresar de nuevo como siempre, pero más intensa, casi siniestra. Sólo le había visto mirar así a sus enemigos... o a Luis, quizá la única persona a la que Gabriel respetaba en el mundo.

¿La respetaba a ella?

Eso no podía ser. Mantuvo la calma. Gabriel jamás le haría daño de manera consciente, pero tampoco la dejaría hacer lo que

ella se había propuesto. Jamás vería en ella nada más que el producto que él había creado. Y ella iba a liberarse. Pero para eso necesitaba estar lo más serena posible, no perder los nervios bajo ningún concepto. Ahora él mostraba su habitual sonrisa sardónica.

—No sé si preguntar si el conjuntito llevaba ropa interior a juego...

Alicia sonrió aunque pareció más bien una mueca amarga.

—La he perdido.

—Espero que no fueran braguitas con corazoncitos. Hasta tu amiguito de clase se hubiera llevado un susto.

De pronto ambos estallaron en carcajadas. Cuando el último eco de las risas se apagó se extendió un silencio incómodo y largo.

Gabriel apagó el cigarrillo y Alicia se levantó a enjuagar la taza en el fregadero.

—Vaya dos... —comentó él.

—¿Qué pasa? —Se dio la vuelta y apoyó el trasero contra la encimera.

Gabriel miró el reloj.

—Demasiado tarde para llamar la chica que he dejado plantada y tú ya no me necesitas.

La miró con los ojos entrecerrados, con una extraña chispa provocadora en ella. Alicia sintió como se le aceleraban las pulsaciones en un crescendo pausado pero regular.

—¿Y tú a mí? —preguntó ella con seriedad—. Puedo sacar la agenda, o traerte algún informe en el que estés trabajando.

La chispa provocadora regresó a su lugar de origen. Gabriel sonrió.

—Eres increíble, Alicia.

Ella se encogió de hombros.

—A veces creo que piensas que soy tonto, desde la altura de ese enorme cerebro tuyo.

La chica miró significativamente sus tacones.

—Sólo llego a tu altura con estos puestos, señor jefe —respondió con cierto resentimiento retratado en la voz.

—Te sigue jodiendo que te llamen cerebritito, ¿eh?

Alicia apretó los dientes.

—Siempre lo haces para sacarme de mis casillas. ¿Qué es lo que quieres esta vez, Gabriel? —preguntó con un tono frío en la voz ronca.

Gabriel contestó alzando una ceja.

—¿Follarte contra la puerta del cuarto de baño? Al menos este está más limpio.

Ella se irguió como si le hubiera dado una bofetada. El galopar de su corazón seguía disparado, pero ahora impulsado también por la adrenalina.

—En la agenda tengo teléfonos de emergencia para estas cosas, si lo que necesitas es follarte a una zorra cualquiera. Yo sólo voy vestida de una de ellas.

Gabriel se puso en pie y se le acercó.

—Jamás me subestimes, Alicia —murmuró en voz baja—. Es un error perder los estribos, ya lo sabes. Te deja al descubierto.

—¿Y ahora qué es lo que he hecho mal? —siseó ella, furiosa, aunque sólo lo mostraron las aletas dilatadas de su nariz.

Él sonrió pero apenas había movido la comisuras de los labios.

—Sigues excitada. Lo he oído.

—¿Y?

—Ambos tenemos un problema que podemos solucionar.

—¿Me estás pidiendo que me acueste contigo? —inquirió ella, perpleja.

—Puede ser más civilizado que lo tuyo de esta noche. En una cama, por ejemplo.

—Debería ducharme antes, supongo —respondió ella con frialdad—. Así todo será también más civilizado.

El volvió a reírse con aquel ronroneo particular.

—No tanto. El sexo tiene que tener su punto de suciedad. Lo hace más interesante.

Y antes de que ella tuviera tiempo de responder, con un veloz movimiento, le pasó la mano por la nuca, se acercó a su rostro y la besó con una dulzura que le dejó las rodillas flojas. Alicia hundió los dedos en la encimera para no caerse.

No se había equivocado. Gabriel sintió una necesidad imprecisa, pero acuciante invadirlo cuando entró en contacto con los labios de Alicia. Un calor, como de miel derretida sobre el pecho, la firmeza del cuerpo pegado al suyo. No quería que se duchase. Quería borrar lo que aquella noche la había convertido en algo ajeno. Necesitaba anularlo, hacerlo desaparecer físicamente con su propia boca y el resto de su cuerpo, con la misma intensidad que se siente el hambre de comida o, en su caso, de sangre.

Alicia era suya. Y ella aún no sabía hasta qué punto.

Siempre que lo había pensado, y lo había hecho muchas veces, creía que Gabriel entraría en el cuerpo de las mujeres del mismo modo que hacía sus negocios: con crueldad y eficacia. No

esperaba esa delicada marea de dedos sensitivos, ni la boca que la buscaba con timidez y luego, al retirarse, la dejaba ansiosa de más.

Deslizó las manos por su pecho descubierto, entre la seda de la camisa. Antes no había querido ni mirarlo y ahora se paseó por aquella superficie fresca al tacto, pero que cuando detenía en ella las palmas, se empapaba de una dulce calidez. La probó con los labios y la tanteó con la lengua. Un sabor algo salado como el sudor limpio o ácido como una manzana recién cogida del árbol.

Él levantó la cabeza y la echó hacia atrás, con los ojos cerrados e inspiró profundamente. Ancló las manos bajo sus nalgas, la acomodó en la encimera y empujó sus piernas con los codos para que las entrecruzara envolviéndole las caderas. Alicia percibió sobre los labios desnudos de la vulva como se desperezaba el bulto de un pene nada despreciable. Se frotó contra él con un gemido y él sonrió del todo, hasta que se formaron aquellos dos hoyuelos sobre las comisuras de la boca.

—¿Me vas a pedir que te ate? —le preguntó en un susurro.

Alicia reprimió una risita.

—Jamás pido eso en una primera cita —replicó con la voz entrecortada.

—¿En las demás, sí?

Ambos se echaron a reír hasta que Gabriel buscó su boca con insistencia por primera vez y entró en ella ya seguro de ser aceptado. Alicia de pronto se sintió desnuda debajo de aquel disfraz de dominatrix, tan desnuda como si la hubieran despojado de su propia piel. El roce de la de Gabriel, fresca y ardiente a la vez, le provocó un deseo insoportable de desprenderse de aquel traje agobiante.

Tiró hacia atrás de la camisa de seda blanca y él estiró los brazos para dejarla caer. Sonriendo dentro de su boca, con las lenguas enlazadas, Alicia deslizó las manos por sus brazos y le anudó las muñecas con rapidez con la tela. Gabriel entreabrió unos ojos adormilados, donde relució una chispa de advertencia. Se desprendió del beso con una sacudida.

—No dije que no me gustara atar a los demás —rió ella con los labios mojados y él le siguió las carcajadas.

Alicia le lamió con la punta de la lengua los pequeños pezones marrones y luego los acarició con los labios; él inspiró bruscamente de nuevo.

—Tiene su punto —comentó con un guiño—. ¿Me vas a tener así mucho rato? Puede que me aburra...

Alicia entrecerró los ojos y sin apartar los ojos de los suyos le abrió el cinturón, el botón de los pantalones y la cremallera. Después hundió una mano en los calzoncillos buscando el pene y el escroto de Gabriel que recorrió despacio, arañándolo ligeramente con las uñas mientras seguía besándole el pecho. En un momento en que ascendió y le mordisqueó ligeramente el cuello, él se apartó con brusquedad.

Sólo dijo:

—No.

Ella se echó hacia atrás y sin dejar de acariciarle observó su rostro tenso y los ojos refulgentes como dos joyas azules.

—¿No? —susurró Alicia con una mirada desafiante en los ojos.

Gabriel negó con la cabeza y la mirada triste. Hasta él sabía que había unas reglas básicas en el juego. Ella también, pero durante unos momentos las había olvidado. Ambos se retrajeron. Alicia sacó la mano de sus calzoncillos e intentó deshacerse el cierre del corsé hecho con lazadas cruzadas sobre el pecho hasta el vientre.

Él se soltó los brazos de repente con una pequeña torsión de los hombros. La camisa cayó rota al suelo. Le apartó los dedos del lazo.

—Déjame, anda, o pasará otro siglo más y se me olvidará como se desata este chisme.

—Desatarías unos cuantos hace dos siglos.

El vampiro se encogió de hombros.

—Alguno —sonrió, pero sus ojos continuaron teñidos de tristeza.

Y Alicia cayó en la cuenta con sorpresa. Habría desnudado muchas mujeres entonces... para alimentarse de su sangre. Sintió un escalofrío. Existía una prohibición expresa de que los vampiros mantuvieran relaciones sexuales con los *familiares*. Algo que la sangre sintética había hecho innecesario. Los dedos ágiles y delgados de Gabriel soltaban las cintas con gesto concentrado y ausente.

Ella le alzó la barbilla y le besó con dulzura, tomando su boca poco a poco, hasta unir sus lenguas por completo, deslizándola la suya todo lo largo de la de Gabriel y retorciéndola a su alrededor, hasta que él, impaciente, con los dedos temblorosos, arrancó de un tirón las cintas que quedaban. Abrió el corsé y lo arrojó sobre la encimera. Las ballenas habían dejado unas huellas alargadas y enrojecidas sobre el torso que confluían sobre los pechos, como si señalaran los pezones rojos, del tono oscuro de las ciruelas, pequeños y

endurecidos. Gabriel siguió cada una de las líneas con la lengua y cuando se ensañó con los pechos de Alicia, lamiéndolos y frotándolos con los labios hasta que la respiración de ésta se volvió irregular y algo ronca. Enlazó los tobillos, lo atrajo hacia sí y se sujetó con fuerza a la encimera, mientras Gabriel sacaba el pene de los calzoncillos y buscaba con los dedos la abertura de la vagina de la chica, donde entró con cuidado, abriéndose paso por el estrecho pasadizo mojado y ardiente.

Alicia se dejó atravesar con un suspiro rendido. Se aferró a los hombros de Gabriel y cerró los ojos mientras él apretaba las nalgas hasta introducirse por completo dentro de ella con un solo impulso. Ambos se miraron unos segundos con los ojos turbios, sorprendidos.

Y se desató la locura. Cuando el glande entró en contacto con el cuello del útero de la chica, ella se alzó apoyándose sobre los brazos y meció las caderas con un gemido incoherente, que sonó casi como un quejido. Ninguno de los dos pudo parar a partir de ese momento. Gabriel protegió las nalgas de la chica con sus propias manos, se retiró despacio, y luego empujó, apartándose con renuencia y luego acelerando los envites hasta que Alicia, jadeante, se contorsionó en sus brazos temblando. Sin embargo, la sujetó con firmeza y la dejó irse sin dejar de observar ni un solo momento el ceño fruncido, los párpados contraídos, los gemidos convulsos y el largo suspiro satisfecho que dejó escapar cuando se relajó entre sus brazos.

Ella pestañeó confusa y sacudió la cabeza, para aclararse la vista. Luego, se apartó para mirarle a los ojos. Él sonreía a medias, con un gesto tenso en la comisura de la boca.

—No... —probó a hablar, pero tuvo que humedecerse los labios—... no te has ido...

Gabriel negó despacio con la cabeza, con la respiración acelerada.

—Quería asegurarme de que supieras que podías correrte en cualquier sitio distinto a una cama.

Alicia tragó saliva y se removió, sintiendo en su interior el pene grueso y enhiesto clavado en sus entrañas.

—Pero... —lo miró de nuevo, confusa.

Él se echó a reír entre dientes, una risa ahogada, desfallecida.

—Ahora me toca a mí. Y quiero una cama y luego un largo baño.

Salió de su interior con un gruñido y se quitó ágilmente la ropa que le quedaba aún puesta. Desnudo y empalmado de aquella forma gloriosa parecía un dios que se hubiera caído del cielo de

manera inadvertida. Alicia sintió que las rodillas se le volvían a aflojar. Tenía la vulva y el interior de los muslos empapados, el sudor le corría por la espalda.

Gabriel le abrió la cremallera lateral de la minifalda de cuero que tenía arrugada sobre los muslos y la tiró al suelo con el resto de la ropa. Luego, con un movimiento fluido la cogió en brazos. Alicia se dejó llevar, con el rostro apoyado sobre su hombro; intentaba regresar del mundo nebuloso en el que la había sumergido el placer. Él la dejó en pie delante de la cama. Se quedaron frente a frente mirándose, desconfiada Alicia, y él con los ojos entrecerrados y una mirada especulativa en ellos. Le sonrió y le desató la cola de un tirón, soltándole el pelo por los hombros. Cogió uno de los mechones de largo cabello negro, lo miró, y luego se lo pasó con lentitud entre los labios.

—¿Te has quedado sin ideas?

—¿Para hacer esto hay que pensar? —susurró ella en respuesta con un murmullo ronco.

Gabriel se echó a reír y le pasó el dorso de las manos por los pezones que se encogieron. Ella disimuló un estremecimiento y alzó una ceja con una mueca despectiva. Luego se inclinó sobre un costado para abrir la cremallera de una de las botas.

—No, no —dijo él y le sujetó la mano—. Déjatelas puestas.

Ella se le quedó mirando con incredulidad.

—Estropearemos las sábanas.

Gabriel arrugó la nariz.

—Por un momento me has parecido tu madre. No metas a Encarna en esta cama.

Alicia se encogió de hombros.

—Ella me crió. Es lógico que vaya conmigo adonde yo voy.

Él le tomó la cara entre las manos, con rudeza, y la obligó a mirarle a los ojos, casi rozándole la punta de la nariz con la suya.

—No, ella no te crió. Fui yo.

Alicia pestañeó y luego cerró los ojos con fuerza, sintiendo como una oleada de lágrimas la inundaba por dentro. Sí, el amo siempre había estado allí. Y ella entre todos, queriendo contentar a todos, siendo la perfecta Alicia, la chica perfecta que su madre adoraba pero no entendía, la mujer de un solo rostro que se consumía en la oficina mientras sus sueños la llevaban a un sitio diferente. Lejos, lejos...

Gabriel la sintió marcharse. Pasó una mano posesiva en torno a su cintura y la apretó contra su cuerpo, contra la erección que se interponía entre ellos sin preocuparle si le hacía daño o no o si se lo

hacía a sí mismo. Con la otra mano la agarró de la nuca, la sujetó y hundió la lengua en su boca, explorándola tan minuciosamente que percibió el momento en que ella se resignaba a la invasión, cedía y aflojaba los músculos entre sus brazos hasta amoldarse a su cuerpo. Estaba prendiendo el fuego, atizando las chispas con mimo, y cuando sintió saltar las primeras llamas la tumbó en la cama. Le recorrió el cuerpo con la lengua hasta dejarla entera empapada en el aroma de su saliva, una ligera fragancia a canela y manzanas. Cuando alcanzó el vello púbico lo apartó con cuidado y con la punta de la lengua tanteó el clítoris hasta oír con nitidez el gruñido, casi el rugido, que trepó por la garganta de ella. Alicia se estiró hacia atrás entera con los brazos extendidos sobre su cabeza, entre gemidos, con el cuerpo tembloroso.

Él se irguió, con la respiración pesada, para ver el resultado. De nuevo regresaba a él despacio, resistiéndose aún. Inspiró aire hasta llenar los pulmones por completo, se pasó las piernas embutidas en las botas por encima de los hombros y se deslizó en su interior en total silencio, sin emitir el más leve susurro, como si estuviera cometiendo una traición. Alicia había pensado que no volvería a correrse pero la posición en la que estaban hacía que sintiera el pene incrustado en las entrañas, convertido en parte de sí misma, fundido en el calor del interior de su cuerpo. Él le sujetó las muñecas a ambos costados, a la altura de la cabeza, obligándola a plegarse sobre sí misma. Le mordió los pezones hasta casi hacerle daño y luego cuando ella comenzó a perderse en la locura empujó rítmicamente con fiereza, como si pretendiera llegar a algún lado desconocido de su interior con cada flexión de la cadera.

Alicia, justo en el momento previo a un nuevo e intenso clímax, comprendió que era el camino que él había escogido hacia su corazón, aquello que había protegido de todo y todos, pensando que siempre estaría a salvo de los demás. Había creído que el sexo estaba demasiado lejos del centro de su ser hasta que al fundirse en la piel de Gabriel se encontró con los fieros ojos azules clavados en los suyos como una pica feroz.

Pero ya era tarde. El placer arrasó sus sentidos y se la llevó con él, lejos, muy, muy lejos.